

Los destinos de una biblioteca.

Virginia Martín

Universidad Nacional del Sur

Departamento de Humanidades

[vcmartin@bblanca.com.ar](mailto:vcmartin@bblanca.com.ar)

*Habent sua fata libelli.*

Terenciano Mauro

El 25 de junio de 1970 los oyentes de LRA 13 Radio Nacional de Bahía Blanca<sup>1</sup> escucharon hablar de un “Sócrates que vivía hasta hace muy poco en nuestro inmenso Buenos Aires” (Camarero, 1970:2). Como el filósofo de Atenas, este pensador cercano provocaba en los demás “la admiración por la íntima belleza de la naturaleza para llegar a la verdad esclarecedora de la esencia humana, el misterioso descubrimiento del ser del hombre”. Así describía Antonio Camarero Benito el accionar de un humanista que conjugó voluntad y vocación y consolidó un germen de conocimiento en cada gesto: Arturo Marasso era el prototipo de la generosidad del maestro y de la escritura múltiple desde una curiosidad incansable. A la descripción le sigue la acción o, quizás, el ejercicio de contar un infortunio que lejos de debilitar una figura, la promueve a la nominalización de una de las tantas memorias de la humanidad. Insiste en la comparación con Sócrates que es juzgado por la sociedad que lo abandona a la crueldad de las decisiones injustas y, de la misma manera, la injusticia del no reconocimiento afecta al profesor Marasso, a través de una jubilación magra que no le permite un “tranquilo retiro tras una larga vida de trabajo”. La decisión de desprenderse de su biblioteca enciende las posibilidades de construir un espacio concreto de investigación incipiente y ambicioso.

Arturo Marasso es el nombre de la biblioteca de Humanidades<sup>2</sup> que la designa desde el 22 de junio de 1970. Su caudal fecundó desde el 24 de febrero de 1956, el Instituto de Humanidades por resolución N° 34 del rector-interventor de la Universidad Nacional del Sur, profesor Vicente Fatone. La memoria que intenta reseñar los primeros pasos de ese organismo aclara que consiste en “una unidad de investigación paralela a la unidad docente del

---

<sup>1</sup> Después de haber puesto el nombre de “Arturo Marasso” a la biblioteca de Humanidades, se organizó en Radio Nacional un ciclo de conferencias sobre la biblioteca y sobre la personalidad de Arturo Marasso. Algunos conferencistas radiales fueron Antonio Camarero Benito, María de Villarino, Fermín Estrella Gutiérrez, Roberto Etchepareborda, Félix Weinberg, Norma Crotti y Nicolás Matijevic, entre otros.

<sup>2</sup> “Desde su creación, el Instituto de Humanidades contó con la biblioteca que la universidad adquiriera al profesor Arturo Marasso constituida por un gran número de ejemplares raros, ediciones antiguas – algunas son ediciones príncipe- diccionarios y léxicos diversos, y, en general, por obras de las literaturas clásicas, española y europea, todas ellas de gran valor” (1967:53)

Departamento de Humanidades para la formación de investigadores e investigación científica” (1969:2)

La universidad fue fundada el 5 de enero de ese año (previo Instituto Tecnológico del Sur que fuera creado el 9 de octubre de 1946), las Humanidades advertían desde el comienzo que la universidad debía sumar un interés real por la investigación y esa decisión se traducía en la concreción del Instituto que debía albergar espíritus inquietos y materiales próximos para orientar ese impulso indagador.

La biblioteca se forma conjuntamente con el Instituto de Humanidades, dirigido por el profesor y escritor Héctor Ciocchini hasta 1973<sup>3</sup>. Su propósito principal era el de constituirse en un “centro de síntesis” que evidenciaba una actitud conciliadora entre la filosofía y las distintas disciplinas antropológicas y humanísticas. El inventario se inicia en el año 1957 a partir de tres mil ejemplares valiosísimos adquiridos a Marasso y así, la biblioteca conforma su sesgo humanístico que la definirá a lo largo de su historia. Esas obras presentan hoy un doble interés: el que proviene de la dinámica de su contenido y el que despierta la admiración del lector avezado en una bibliofilia incipiente, como la que se ha despertado en el marco de un proyecto de investigación que docentes y estudiantes del departamento de Humanidades estamos vislumbrando.

Es inestimable el beneficio que esos ejemplares generaron en los comienzos del instituto. Son “de imprescindible consulta casi todas sus obras, por su exquisita selección e imposibilidad actual de adquisición” (Camarero Benito, 1970:3) La vastedad del pensamiento humanista de Marasso se encuentra con un instituto que aclara desde el primer artículo de su reglamento que “tanto desde el punto de vista del investigador como desde la totalidad del objeto, es imprescindible rebasar los límites de la especialidad en una visión armoniosa de síntesis” (1963:3) La búsqueda del saber estaba regido por la integración de los distintos campos: “El instituto no está compuesto por un mosaico de investigadores” (1963:3) Las razones para respaldar el sentido de síntesis del instituto abarcan desde el riesgo de una despersonalización sin resonancias hasta la advertencia para no transformarse en un centro pasivo, depositario de conocimientos conservados, carentes de intercambios fértiles. Los fundamentos del Instituto coinciden con la productividad múltiple de Marasso; y, como su mentor, la biblioteca reitera esa pluralidad en la plasticidad y diversidad de sus anaqueles. Como corolario de esta integración ejecutiva valen las palabras que aclaran el quehacer institucional:

---

<sup>3</sup> Este autor que escribe sobre Arturo Marasso fue el primer director de la biblioteca del Departamento de Humanidades: “Por la misma Resolución fue designado Director interino el profesor Héctor Eduardo Ciocchini y el 1º de abril del mismo año se designó investigador al profesor José Hernán Zucchi. En 1958, el profesor Ciocchini fue designado Director por concurso”. (1967: 2)

“no se soluciona el problema de la comunicación de la técnica de investigación por cursos magistrales, sino por un aprendizaje en el taller de la investigación. El taller es el instituto.” (1963:4). Si el instituto es el taller, los libros de la colección “Marasso” son sus mejores herramientas.

Para Marasso el libro es el símbolo del universo, un orden creativo y profético. Ciocchini en un libro dedicado a este pensador lo ubica en la mansedumbre del hogar y agrega “allí se fue constituyendo ese universo de los libros que es la biblioteca de Marasso; rara biblioteca, tan diversa en intereses, pero a través de la cual se puede ver el itinerario de la vida de un hombre” (Ciocchini, 1967: 51).

El Instituto de Humanidades abrigó esos textos que encontraron en la tutela del profesor Ciocchini, un resplandor divergente. Hoy, gran parte de la colección está abrigada solo por la indiferencia lectora. Qué porcentaje de esos 3.141 ejemplares es aprovechado por los lectores de la actual biblioteca de Humanidades es una incógnita, pero lo que sí no es cuestionable es que se ha perdido la valoración de esos ejemplares únicos para la casi totalidad de los estudiantes.

En septiembre del año pasado, la doctora María Mercedes Rodríguez Temperley dictó el seminario: *Las culturas del texto: oralidad, manuscritura, imprenta, hipertextualidad* en el que planteaba “un abordaje de *las culturas del texto* en su materialidad pero atendiendo también a su vinculación con las prácticas de lectura y los mecanismos de censura ejercidos a través del tiempo.” (2015:1)

Sus objetivos principales abarcaban el poder ejercitar la descripción de manuscritos e impresos, analizar la producción y circulación de libros en relación con diversos tipos de lectores, acercar fundamentos teóricos acerca de la historia del libro en Occidente e iniciar a los asistentes en las competencias metodológicas básicas para el análisis bibliográfico y la descripción analítica de manuscritos y libros antiguos y modernos, entre otros.

El libro era el foco de atención, el objeto a tratar y eso nos orientó hacia la biblioteca departamental y hacia la colección Marasso en particular. Uno de los puntos de partida nos impulsaba desde el concepto de bibliofilia, la magnitud de los ejemplares encontrados nos confrontó con el interés de Marasso, con su exquisita percepción de lo valioso en la bibliología

La búsqueda del libro del pasado conduce a la consideración de una colección desde un criterio orientador y desde una pasión posesiva: la obtención de lo deseado, que se renueva en cada encuentro con ese objeto ya propio. El libro propone otra colección más subjetiva: la del saber, el resultado del estudio consiste en una colección de conocimientos y si combinamos los

conceptos de colección, libro, saber, la resultante nos conduce a la bibliofilia, es decir a ese dominio conceptual que tiene como eje etimológico el “amor al libro”. Si bien la posesión lo desvela, su lectura y su análisis lo conmueven. La colección despliega su afán reflexivo y el bibliófilo ubica su hallazgo en una serie lineal y constelar a la espera de que “todos vieran esta maravilla y supieran que es suya” (Eco, 2001:3). Su colección sugiere la conformación de un “legado” altruista que prefigura una lectura única y universal:

El bibliófilo, a diferencia del bibliómano –juntador de libros, como el avaro, juntador de oro- reúne su colección inspirándose siempre en la finalidad altruista y generosa de hacerla servir a las necesidades de su vocación de estudioso y a los intereses de la cultura. El auténtico bibliófilo se define, ante todo y sobre todo, como auténtico estudioso. No se concibe la bibliofilia sin una noble y firme inquietud espiritual, esto es, sin amor y comprensión por los valores del pensamiento. El verdadero bibliófilo ama al libro considerado en su materialidad, como obra de arte, y en su contenido, como expresión de la inteligencia creadora (Buonocore, 1976:65).

Impelido por la valoración de un interés, por la belleza o rareza de un libro, el bibliófilo rastrea y cotiza, afina la lupa que desenmascara y pone en una balanza lo esperado y lo encontrado. Si el libro distingue, entra en la colección... Una biblioteca se advierte perteneciente a un bibliófilo por la sensación de fortaleza que respiran sus volúmenes y quienes la visitan. El color de los anaqueles habitados se tiñe de un ocre histórico y la estantería se impone desde una apariencia de torre aunque la cantidad de libros no sea la suficiente para una altura acorde. La biblioteca es el centro del laberinto y la custodia del orgullo del bibliófilo quien es el único que puede abrir la puerta.

El legado del bibliófilo Marasso contradujo la personalísima clave de acceso y sucumbió a la difusión bajo la custodia del interés del investigador. En el momento en que el instituto cerró sus puertas, también pareciera que cerró ese interés. Pocos consultan actualmente los anaqueles en los que está esa colección. El cursado del seminario renovó esas bisagras que articulaban la colección con el presente. Provocó el encuentro con ejemplares del siglo XVI como el *Lexicon Graecolatinum Novissime* de 1545, publicado en Basilea o los *Dos tratados* de Alfonso de Palencia, editados en un volumen en 1576 por la Librería de los Bibliófilos o los poemas de Petrarca en *Los sonetos y las canciones del poeta* editados en Madrid por Guillermo Droy en 1591 o del siglo XVII como *De Patria Homeri* de Leonis Allati, impreso en 1640 o los poemas de Catulo, Tibulo y Propertio, impresos en 1680. También impulsó la búsqueda que pretende

conjuntos como los ejemplares producidos por la imprenta de Don Antonio De Sancha entre los que abundan crónicas. Textos que atraen también desde su exterior trabajado y diseñado. La biblioteca de Marasso reluce con encuadernaciones sobrias valiosas por el arte del dorador, con emblemas y escudos que perfeccionan el objeto libro desde una perspectiva estética.

Ese encuentro generó otro, en la dimensión ambiciosa y prospectiva de un proyecto. Los aprendices de ese seminario nos propusimos seguir indagando y generar un ámbito plagado de hallazgos y descripciones. Pero, fundamentalmente, lo que tácitamente estaba en todas nuestras intenciones era el deseo de restablecer lo que parecía oculto, aquella colección que había sido una ganancia y hoy pareciera no cotizar en el ámbito de la consulta.

El proyecto está enmarcado en el Programa General de Investigación y profesores y egresados de distintas áreas de la carrera de Letras e Historia del arte nos abocaremos a tratar de dismantelar ese olvido. La cultura clásica, la literatura española, la historia del arte y la teoría literaria, en esa síntesis propiciada desde el principio. Trataremos de iniciarnos en las prácticas de la investigación en el área de la cultura del texto y adquirir las competencias para la descripción analítica de impresos antiguos. Nuestros intereses girarán en torno al análisis de los textos en su valor individual y colectivo, como parte de una colección. El análisis de un texto, la comparación entre ediciones o la consideración de un conjunto que proviene de la misma imprenta serán nuestros objetos, a los que se suma el interés por captar la mirada de las actuales generaciones en cuanto a su contacto con los textos impresos. ¿Qué ven cuando ven estos textos?, ¿cuál será el dispositivo lector que atraiga a los jóvenes investigadores?, ¿qué expectativas guarda la colección con respecto a su futuro lector?

En el acápite de esta ponencia consta parte de un verso de Terenciano Mauro, el 1286 de su poema "De litteris, de syllabis, de metris" (Sobre pronunciación, sílabas y metros); alude al destino de los libros, cada libro tiene una historia: de la editorial a las manos de un lector o a su dominio: la biblioteca. La parte de ese verso que no ha trascendido conjuntamente enrarece esta linealidad que nos lleva al tiempo y al espacio al advertir "Pro captus lectoris". Esa advertencia, precursora de la teoría de la recepción nos previene de la aptitud lectora, el volumen de sentido dependerá de las posibilidades de quien lea, de sus intereses, de sus deseos. El destino de un libro es el destino de la biblioteca que lo contiene.

La posesión de una biblioteca genera en su propietario la preocupación por su destino. La apropiación lenta, meditada, y, por momentos, caprichosa, conforma una construcción que se configura en un capital valorado desde el contacto y el hábito contemplativo. No es el coleccionista que sale al encuentro para que, una vez hallado el objeto de su búsqueda, lo acomode y empiece una nueva cacería; sino que es el lector que se apropia de lo que va a

formar parte de su acervo personal en esa relación vital y personalísima que resulta la lectura. La decisión de verlos partir suele dejarse en manos de otros, pero, cuando esa intención recae en el mismo propietario, el duelo alberga la esperanza del reencuentro. Eso sucede al pensar que la morada final de esa posesión será otra biblioteca y esa decisión se convierte entonces, en una posta bibliotecaria que va de la unidad de propiedad a la diversidad de uso.

### **Bibliografía:**

Argentina. Universidad nacional el Sur (1967) *Memoria del Instituto de Humanidades (1956-1967)* Bahía Blanca, UNS.

----- (1963) *Reglamento del funcionamiento del Instituto de Humanidades.* Bahía Blanca, UNS.

Buonocore, Domingo (1976) *Diccionario de bibliotecología.* Buenos Aires, Marymar.

Camarero Benito, Antonio (1970) *Obras clásicas en la biblioteca "Arturo Marasso".* Conferencia leída en LRA 13 Radio Nacional el 25 de junio de 1970. Bahía Blanca.

Ciocchini, Héctor (1967) *Arturo Marasso.* Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas. Serie: Argentinos en las Letras.

Eco, Umberto. *Desear, poseer, enloquecer.* Trad. de Alejandro Patat. Disponible en: <http://www.documentalistaenredado.net/261/bibliofilia-vs-bibliomania/>